

apagando las voces, que reaparecían más lejos con nuevo timbre...

Y en todas ellas notábase la alegría de un pueblo que ha cumplido la tradición, ha comido bien... y no tiene que deplorar ningún milagro frustrado de San Cristóbal, como es fama que ocurre casi siempre.



## El brazo derecho

A la puerta del huerto me aguardaba el tío Ramón, alto, seco, erguido como el cayado en que apoyaba los brazos á la altura casi de la boca. Parecía, más que un labrador de la llanura, un pastor montaños, enjuto por los fríos de la sierra, atezado por el cierzo y el sol, magro por la sobriedad de queso y leche y pan duro. Su cara angulosa, completamente limpia de pelo, recordaba el perfil de nuestros montes calvos, sin un árbol que los sombre, é involuntariamente la vista buscaba el ganado de flacas cabras y el zurrón de piel, completamente necesarios de aquella figura extraña.

—¿Qué hay, tío Ramón?—pregunté al llegar á su lado.

—¿Qué ha de haber, señorito? ¡Trabajos!

—¿Y eso? ¿Ha tenido usted carta del chico?

—Sí, señor, sí. A eso vengo. Yo no sé de letra y aunque mi mujer entiende algo, no me quedo satisfecho con lo que lee. Si usted quisiera...

—Vaya que sí. Déme la carta.

Llevó una mano al bolsillo y sacó un sobre que ostentaba el sello de correos de Cuba.

—Ya ve usted—continuó el tío Ramón.

—Mi hijo estaba para cumplir. Iba á volver cuando se movió esa guerra. Allí se ha quedado. ¡Dios sabe lo que le sucederá! Ahora dice que está herido.

—¡Herido! ¿Está usted seguro?

—Eso dice mi mujer, pero como ella es así—¡ya ve usted, las madres!—ni acabó de leer la carta. Se le figuró que decía *herido* y ya no hizo más que llorar.

—Veamos, veamos.

Desdoblé la carta, escrita con lápiz, con muy mala letra, y la leí primero mentalmente, en previsión de que las noticias fueran graves. El tío Ramón, con semblante muy triste, pero sin demostrar la menor impaciencia, como si tuviese por debilidad el interés hacia su hijo, me miraba, queriendo sorprender en mis ojos la respuesta

que no se atrevía á pedir. Cuando comprendió que había yo leído toda la carta, dijo en voz baja:

—La letra no es de mi hijo.

—Eso veo—contesté.—Escribe por él un compañero.

—Pues él sabe escribir.

—Sí, pero no puede... Vamos, no hay que afligirse, tío Ramón. En este mundo hay que estar preparado para todas las desgracias, y al fin y al cabo... lo importante... lo importante es salvar la vida.

—Preparado estoy, señorito. Yo sé lo que es la guerra. He estado en Cuba la otra vez. Me he batido y conozco á los insurrectos, conozco la fiebre amarilla, todo lo malo de aquella tierra... Pero, ¿no está para morir mi hijo?

—Todo lo contrario. Ya está bien y lo verá usted pronto. Fué un valiente, lo hirieron y ya está bueno. Sólo que... que le han cortado un brazo.

Después de dicho esto, hubiera querido retirar mis palabras. El tío Ramón se puso muy pálido, casi blanco; luego se le enrojecieron los ojos, y, sin moverse, sin gemir, comenzó á llorar. Las lágrimas caían sobre las manos cruzadas sobre la vuelta del cayado, amarillento y erguido, y creo que

sin este apoyo el tío Ramón no hubiera podido sostenerse en pié.

Hice por consolarle, excusándome á la vez de haberle dado la noticia, buscando razones para convencerme á mí mismo de que no era posible haberla ocultado, de que convenia decir la verdad.

—¡Le han cortado el brazo, el brazo!— exclamó, al fin, el tío Ramón.—¿El derecho?

—Sí, el derecho.

—¡Reina Santísima!... ¡Yo que confiaba en él! ¿Quién cavará mis tierras, ahora que ya no puedo?

—Dios proveerá, tío Ramón. ¿Quiere usted que le lea la carta?

—Léala, señorito.

Lo hice, muy despacio, para que se enterara bien. Luego la volví á meter en el sobre.

—Ya sabe usted—añadí.—Lo declaran inútil y vuelve á España.

—Sí, señor. ¡Inútil para ellos, pero también para mí!

Guardó la carta y se despidió.

—¿Para qué harán la guerra, señorito? —dijo alargándome la mano.

—La patria, el honor nacional...—contesté por decir algo.

El tío Ramón asintió con la cabeza, no sé si por respeto á mí ó por entender aquellas palabras; y luego, tras breve pausa, repitió:

—Pero, ¿quién cavará las tierras, señorito?





## Los cigarros de Cucaia

---

Delante de la casa, en el gran espacio enarenado que precede al jardín, amontonábanse las mazorcas, que á la luz de la luna destacaban, por tal cual rasgadura de su funda pajiza, el dorado pálido y brillante de los apretados granos.

Dolores encendió con matojos secos una mediana hoguera, en cuyas brasas comenzaron los convidados á echar el maiz tierno para que se tostase. Y así que hubo mazorcas á punto de ser comidas y empezó el banquete frugalísimo, empezaron también á sazonarlo unos y otros con cuentos, chascarrillos y gracias rústicas, que en dialecto local resultan menos groseros, más salados de lo que son en el fondo, velado por el color y la burla oportuna de la frase.

Se habló de la guerra. Casi todos los hombres presentes habían *servido al Rey*: quiénes en el mar, quiénes en el ejército de tierra. Todos tenían cosas peregrinas que contar. El último que hizo relato fué el tío Manuel, arriero y trajinante en sus verdes años, ahora rico labrador apegado al terruño.

—El miedo más grande que he pasado en mi vida—dijo—fué por causa de la guerra. Grave riesgo corrieron mis calzas en aquella ocasión de perder súbitamente su blancura.

Sali un anochecer de R., pueblo de la Mancha, en dirección á otro de la misma tierra. Llevaba mi carrito con mucha carga de tabaco y algún pescado. Cerrada ya la noche, llegué á una parte del camino que iba entonces por dentro de un gran bosque de pinos, espeso como he visto pocos y que ahora creo que ya no existe. Era como meterse bajo de tierra el ir por allí. Nada más que sombras á un lado y á otro, y por delante la mancha blanca de la carretera, que sólo á veinte pasos se veía. De repente oí un gran rumor, que al pronto no supe de donde venía ni quién pudiera producirlo, si hombres ó fieras. Parecía como un vocerío apagado, del cual no se entendía

ni una palabra. Conforme iba yo avanzando, sonaba aquello con más fuerza, y al fin comprendí que iba á caer en medio de alguna partida carlista ó de una columna del ejército. No me engañé. A poco rato salieron varios hombres de entre los pinos y me mandaron parar. Eran carlistas.

—El carro ese queda aquí—me dijo uno.

—¿Para qué quieren ustedes mi carro?—pregunté.

—Para convoy.

—Es muy pequeño para eso. No servirá á ustedes—añadí, tratando de esquivar la desgracia que se me echaba encima.

—¡Vaya que sirve! Con ese y otro se compone uno grande.

No quise insistir para no perder más. Era mi ruina, pero temí perder el pellejo si replicaba. Me contenté con decir en voz alta y en valenciano (hasta entonces habíamos hablado en castellano).

—¡Valgame Dios! ¡Tanto como cuesta ganarse un pedazo de pan, y ahora perderlo todo de una vez!

Apenas habia dicho esto, sonó una voz, que fué como de un angel á mis oídos.

—No tengas miedo, que hablas como yo y llevo galones.

El que esto decía era un valenciano, y

en cuanto se me acercó reconocí en él á un ventero en cuya casa había yo parado muchas veces. Él también me reconoció.

—¿Es usted, tío Manuel? Pierda cuidado, que todo se arreglará.

Nos apartamos á un lado y me preguntó qué traía. Se lo dije.

—Coja un cajoncito de puros y vamos á ver á Cucala.

—¿Está aquí Cucala?

—Sí. Voy con él hace tres meses, de sargento.

Cogí el cajoncito y echamos á andar, después de haber encendido cada uno un puro.

A pesar de las seguridades del posadero, yo temblaba bastante por mi carro y mi mula. Cucala nos recibió con gran frialdad. Después de oír á mi amigo, las primeras palabras que dijo fueron estas:

—Pero ustedes dos están fumando puro, y yo no.

—Eso se remedia pronto—contesté sacando la caja que llevaba.—Coja usted los que quiera.

—Para mí son todos—repuso. Y se quedó con la caja.

Luego de haberse enterado de cuál era mi mercancía, añadió:

—Bien está. El contrabando es un mal para el Gobierno. Siga usted su camino hasta la venta de..., y espéreme allí. Mañana por la mañana llegaré yo, y no se quejará usted de la visita.

Obedecí sin saber aún lo que me pasaba. Mi amigo el sargento me dió, para mayor seguridad, dos soldados de escolta.

Al amanecer llegamos á la venta, y á media mañana ya estaban allí los carlistas. Entonces Cucala me mandó que vendiese á su gente todos los cigarrillos que yo llevaba, y para ayudarme y vigilar hizo que me acompañasen en la faena mi amigo y otro sargento. Vendí todos los cigarrillos, y cuando me puse á contar el dinero ganado, creí que soñaba.

A la hora de comer, Cucala me llamó. Me hizo sentar á la mesa y comimos juntos. A los postres me dijo:

—¿Cuántas cajas de puros como la de anoche le quedan á usted?

—Doce.

—Vengan.

Las tomó, y abriendo el cinto me puso en la mano doce monedas de oro.

Mi asombro era cada vez mayor.

—Coja usted eso y calle—dijo.—A mí me sobra el dinero. Lo que me falta mu-

chas veces es tabaco, y daría una onza por un cigarrillo. Puesto que usted se dedica á eso, siempre que tenga vaya á buscarme y no le pesará.

A media tarde la partida toda se puso en marcha. Según dijeron, habían recibido aviso de que se acercaban las tropas del Gobierno. Efectivamente, á la mañana siguiente pude ver á unos y á otros frente á frente, á derecha é izquierda de la carretera, sobre unos cerros.

Yo pasé por en medio con mi carro y nadie me dijo nada. Cuando estuve ya lejos comenzaron los tiros. Picado por la curiosidad, paré el carro y subí á una altura. Lo que vi fué horrible. Los carlistas parecían llevar la mejor parte, y habían conseguido copar un grupo de caballería del Gobierno; pero de pronto se abrieron las filas de los soldados y aparecieron cuatro cañones, que empezaron en seguida á disparar. El primer cañonazo dió en el centro de una compañía de carlistas y mató á muchos. Me dió miedo aquella mortandad, y eché á correr.

Luego supe que las tropas del Gobierno habían vencido, y que el mismo Cucala tenía una herida grave.


El espectáculo de aquella lucha me hizo

comprender lo que es la guerra, y me amargó el gusto de los duros ganados el día anterior. Y sin embargo, ¡fué buena temporada aquella!

Y los ojillos del viejo relumbraron de codicia, mientras los que le rodeaban, encantados con la relación oída, dejaban que se quemasen en la hoguera las pajizas mazorcas de lechosa carne.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HUMBERTO  
"ALFONSO REYES"  
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO



## La fiesta del Corpus

---

Para conocer los dos factores quizá más hermosos que tiene la vida valenciana—el instinto artístico del pueblo, y la alegría, la animación, la exuberancia expansiva de su espíritu—hay que ver el Corpus. Hay que ir por la mañana á la plaza de la Virgen para contemplar alineadas las *Rocas*, grandes carros alegóricos antiguos, moles inmensas que parecen mentira puedan ser arrastradas y hallen espacio bastante para rodar por las calles estrechas, de quebrada línea, y que allí aguardan, coronadas por las grandes figuras que les dan nombre—la matrona Valencia, San Vicente, San Miguel, Adán y Eva, la Virgen, los diablos,—sombreadas por el ancho toldo blanco y azul, que



la brisa del mar ondea á veces, el momento de abrir carrera á la procesión, esparciendo lluvia de flores y confites á todos lados. Hay que ver la cabalgata con que el Ayuntamiento anuncia la fiesta é invita al pueblo entero, desfilan con sus heraldos, sus *dansetes*, sus banderas gremiales, sus *misterios*, sus dulzainas, sus carrozas, sus monumentales ramos, sus músicas, y, sobre tódo, el *capellán de las Rocas*, que sobre manso caballo enjaezado de amarillo, llama con sus saludos á la gran procesión de la tarde, mezcla de religioso y profano, de histórico y moderno, de resurrección medioeval y de mascarada, que levanta á su paso una inmensa ola de alegría algo inocente, pero sana, sincera, desahogo de un pueblo robusto á quien la «dicha de vivir» pone la risa en los labios á cada momento.

Luego, cuando la tarde llega, hay que mezclarse á la muchedumbre que invade las calles, despreciar las blancas sillas que en doble fila ocupan las aceras, y correr por el arroyo sobre la alfombra de arena húmeda, que aún tiene effuvios salinos, para contemplar los balcones en que las telas veraniegas y los sombreros de paja de las valencianas ponen un derroche de

color brillante, dando á las casas un aire de juventud y de vida que arrastra y enloquece. Escogiendo un sitio ancho donde la multitud no sea un peligro, hay que esperar el paso de las *Rocas*, tiradas por docenas de robustas mulas y llevando en sus plataformas, junto á imágenes de santos ó de diablos, á los rumbosos molineros y tratantes en trigo, que agobian á las gentes de las calles y de los balcones á golpes de flores y dulces, arrojados prodigamente con fuerte mano, como si fuesen proyectiles, en larga *batalla* más animada y pintoresca que las de los carnavales italianos.

Luego viene la procesión, larguísima, interminable, heterogénea, con sus banderolas, sus enanos y gigantes, las cien imágenes de santos, las músicas numerosas, nueva explosión de alegría, de belleza, bajo un cielo de azul purísimo; y tras las imágenes, la parte teatral y simbólica que recuerda los *misterios*, las representaciones religiosas de la Edad Media, cuna de nuestro teatro, aún conservadas en Elche y en otros puntos. Allí van David, con su arpa; Noé, con su paloma, bautizado por el pueblo con el nombre del *agüelo del Colomet* (el viejo del palomo);

Josué, parando con su enmohecida espada el sol de metal que lleva en la mano; Tobías y tantos otros; y algo más lejos, los célebres *cirialots*, veinticuatro fornidos jayanes vestidos de albas vestiduras, con luengas barbas blancas y portadores de enormes blandones (*ciriales-cirialots*), que chisporrotean en lo alto, sobre el nivel de las cabezas; las águilas, los Apóstoles... todo el mundo bíblico, en cuya representación humana no ve el pueblo el lado simbólico, sino el *realista*, bromeando con los *actores* como pudiera hacerlo en un teatro, pero sin mezcla de impiedad, con cierta familiaridad cariñosa que convierte a los personajes de la religión universal en individuos especiales del mundo valenciano, vecinos de la ciudad del Turia y compañeros de todos los *chés*.

Porque el Corpus de Valencia—y esto constituye otra de sus características más salientes—es, no sólo una fiesta religiosa, sino ante todo y sobre todo una fiesta popular. El pueblo no se limita en ella a ser *espectador* más ó menos entusiasta: es también *actor*, interviene en todos los actos de ella, y le infunde ese regocijo, esa animación, esa vida y sabor realista que mejor que nadie ha pintado un escri-

tor de la tierra, Vicente Blasco, en su novela *Arroz y Tartana*. Acudan á él mis lectores si no tienen la dicha de observar la realidad, artista supremo y alma de todas las artes.

